

EL HOMBRE DE LAS TRES CABEZAS

Pablo Galindo Arlés, 1 de diciembre de 2014

Aunque parezca un monstruo de feria o una novela de misterio, “el hombre de las tres cabezas” es una escultura, una estatua monstruosa. Y su anormalidad no consiste en que sea más horrible que otras esculturas similares. En realidad, la deformidad no está en la piedra ni es obra del artista clásico sino más bien de la beatería clasicista del hombre moderno.

En la citada escultura vemos a un patricio llevando en cada brazo un busto de un antepasado suyo. La intencionalidad del artífice anónimo, teñida de religiosidad familiar, es evidente. La piedra nos muestra una dinastía, una continuidad de la cual la eternidad supuesta a la roca es un símbolo. Ese hombre lleva encima a sus ancestros como nosotros llevamos en la cartera la fotografía de un abuelo.

Pero el arte no sabe de los cataclismos de la naturaleza ni de las convulsiones de la historia. El cuello delgado suele ser un talón de Aquiles. Y muchas de las estatuas romanas aparecen hoy en público como si fueran víctimas de la revolución francesa o los actores de una mala película de terror.

Algún hombre piadoso, tal vez un honesto magistrado, pensó que un caballero descabezado cargando dos cabezas ajenas, sin quedarse con ninguna, era algo demasiado grotesco, un mal chiste, un lujoso entuerto que pide a gritos ser enderezado. ¿No has conocido, amigo lector, algún hombre político aquejado de ese mismo mal restaurador?

Pues bien, ese arqueólogo vengador de la historia hizo colocar en la guillotina una testa falsa, una testa nueva que no era sagrada, como la de san Juan Bautista, ni tampoco era regia, como la de Luis XVI, el ciudadano Capeto. ¡Y aquí viene la sacrílega impiedad, la salvajada bárbara!

Aquel busto postizo no desentona en la ejecución de las facciones ni tampoco en sus proporciones respecto al cuerpo adoptado. Nada, salvo un mínimo collar fruto de la fusión delata la impostura. Sin embargo, esa falsa testa de mármol no es el verdadero rostro del muerto. Y, por tanto, sus antepasados tampoco son quienes le han transmitido en herencia su patrimonio. He aquí un fraude, una ignominia.

Lector, ¿te imaginas a unos familiares enterrando los cuerpos equivocados de quienes creen ser sus hijos muertos en una batalla lejana o, tal vez, habiéndose roto la crisma cayendo del carro de raíles? Por muchísimo menos, en Atenas se ahorcaba a un general. Afortunadamente, los griegos de

antaño eran unos bárbaros embadurnados de afeitte y nosotros sólo somos sus hijos o bisnietos. Y eso, claro está, si los filósofos del multiculturalismo no nos han cambiado a todos la cabeza con la perversión de que en la Europa post-cristiana ya no hay judíos, paganos o gentiles sino hombres de carne y hueso llevando en la mano derecha una antorcha de libertades y derechos y en la otra, la siniestra, un libro de deberes.

